

dición servil, avasallada, y llevada naturalmente á aborrecer á las clases directoras, ó mejor, ricas, con las cuales no le ataban ningún lazo afectuoso, verdaderamente humano. Por costumbre miserable, no tenía este proletario ningún interés en sacrificarse por una patria madrastra; de ordinario, se concentraba en los grandes centros donde existía más facilidades para emplearse y donde aflúan los manumisos y los pequeños propietarios desposeídos.

Esta situación social tan peligrosa, y de la cual hemos señalado sus malos aspectos, tuvo sobre todo su período álgido en la Roma del Bajo Imperio. Por mucho tiempo persistió á través de toda la Edad Media. En efecto, bajo la analogía de la organización del trabajo, el siervo medieval, parecese mucho al colono del Bajo Imperio, y en la misma época el artista de los *oficios* es muy análogo á la de la Roma decadente, al obrero no matriculado de las corporaciones latinas, de los *colegios*, á lo menos de los colegios libres; pues el obrero medieval no llegó jamás á ser un funcionario como el de los colegios imperiales. Quedó siempre independiente en su persona, y con sus antiguos compañeros llegados á comerciantes, pudo formar una clase importante, sin posesión de suelo alguno, pero más ó menos rica en valores mobiliarios y que acabó por constituir el tercer estado, fuerza respetable, con la cual hubo de contar la nobleza y el clero.

La servidumbre, finalmente, esta forma suavizada de la esclavitud antigua, después de haber persistido en Francia, en determinadas regiones, hasta la Revolución y de haber sido abolida más tardíamente en la Europa media y oriental, ha cedido por todas partes á la tercera forma del trabajo servil, al asalariado, que ejecuta hoy, pero en horizonte más vasto, todos los trabajos en otros tiempos impuestos á los esclavos. En resumen, desde el origen de las civilizaciones hasta nuestros días, el trabajo manual, indispensable para el sostenimiento de las sociedades, ha sido siempre ejecutado por una clase numerosa y esclavizada, pero, según las épocas, diferente. La servidumbre de las personas se ha dulcificado poquito á poco desde la esclavitud primitiva al asalariado pasando por la servidumbre; pero la servidumbre del trabajo ha persistido, y en muchos casos, como veremos, es en nuestros días más pesada que en las épocas peores de opresión francamente servil. A decir verdad, crueles abusos, que teóricamente nos sublevarían, siguen subsistiendo desde los tiempos más antiguos y continúan todavía hoy, y si se han modifi-

cado, no realmente sino en la apariencia y á veces han conservado toda la brutalidad de los tiempos pasados.

(Continuará.)

RAZAS JÓVENES Y VIEJAS

Lo que podemos llamar nuestros desastres ha traído á discusión lo de los pueblos decadentes y lo de las razas superiores é inferiores, y los admiradores de las nacionalidades del Norte, atribuyen en primer término á la raza, la preponderancia que estos pueblos han adquirido y adquieren cada día en la marcha de la historia. Según ellos, los pueblos latinos (mejor dirían mediterráneos), son viejos, y por lo tanto decadentes y dan los últimos bostezos en la dirección de la humanidad. El porvenir es de las razas anglo-sajona y germánica. Como más jóvenes y vigorosas vienen á substituir en el proceso de la civilización á todos esos pueblos latinos que hasta ahora la han, como quien dice, acaparado.

Hay que destruir esta leyenda que viene formándose, y hay que destruirla por varias razones, pero principalmente porque no es cierta.

Los que nos hablan de razas jóvenes y razas viejas, atribuyendo á las primeras energía y capacidad suficientes para figurar en la vanguardia del progreso, no conocen el problema etnográfico; los que nos hablan de naciones viejas y naciones jóvenes, considerando éstas como las destinadas á absorber los destinos de la humanidad, juzgan por espejismo, y no tienen en cuenta lo que realmente es nación y medio histórico. Hay pueblos decadentes y pueblos progresivos, pero únicamente en un momento dado (período histórico) y este momento puede ser cuestión de años ó de siglos; hay razas, si así se quiere, jóvenes y viejas, pero el calificativo aplicado á las razas no significa ni puede significar lo mismo aplicado al individuo. En éste, juventud ó vejez implica el desarrollo físico y la energía en toda su plenitud ó la decadencia corporal y de las facultades intelectual y volitiva; pero aplicado á las razas no indica nada. Claro que hay razas más jóvenes, ó mejor dicho, más modernas unas que otras (las mixtas todas lo son, y de formación más reciente que las puras, y de éstas, si hiláramos tan delgado, encontraríamos muy pocas); pero la vitalidad y la energía no siempre las poseen las jóvenes por ser tales. Precisamente los antropólogos saben de sobra que la vita-